

RESEÑAS

Carlos Enrique Berbeglia (coordinador), *Violencia y Cultura. Nuevas propuestas para una antropología argentina*, Buenos Aires: Editorial Biblos, 2003. 318 páginas.

En una nueva entrega (la sexta), de una obra colectiva que se inició hace más de diez años, encontramos veinticuatro artículos, veinticuatro nuevas propuestas de lo que el compilador, Carlos E. Berbeglia, dio en llamar “antropología argentina”. Un intento de explicar, desde el *corpus* teórico propio de la disciplina, el particular momento que nos toca vivir a los argentinos.

Por un lado, dice Berbeglia “la temática de la antropología es la del hombre, en una totalidad que arranca de su indigencia físico-ontológica fundamental, y llega hasta la esperanza en un mundo donde su transcurrir encuentre algún sentido más allá de su simple ser-conciencia en el presente de ese mundo que le da cabida. Probablemente, el más terrible de los descubrimientos y conocimientos logrados gracias a esa conciencia, sea el de su soledad.¹”

Por otro lado y particularizando en esta coyuntura espacial y temporal que nos ocupa (y preocupa), la temática de este volumen gira alrededor de la desesperanza de los argentinos.

Imposible resultaría en este breve espacio reseñar la totalidad de los artículos. Sin embargo, desde el mismo título de la obra “Violencia y cultura” se atisba su intención. Varios artículos discurren sobre la violencia y muchos otros la relacionan de manera positiva o negativa con las utopías.

En el aporte de Fernando Tola y Carmen Dragonetti² vemos un detallado análisis de la manera en que la sociedad de la India ve el tema de la violencia a través de los siglos. Para estos autores, las formas de violencia más extremas se relacionan con los fenómenos de conquista. Históricamente, estos hechos de gran violencia son narrados, descriptos, escuchados y estudiados sin mayores reacciones emocionales, como si se hubiesen desprendido de toda valoración. Y muchas veces son elogiados y justificados. Tal es el caso que describen los auto-

¹ Berbeglia, C. E. (coordinador). *Violencia y Cultura. Nuevas propuestas para una antropología argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2003.

² Tola, F., Dragonetti, C. “El Budismo frente a la justificación de la violencia”, en Berbeglia, C. E., op. cit.

res referido a algunos versos del *Rig Veda*, el libro más antiguo de la India. Encuentran allí argumentos a favor de la violencia que se basan en consideraciones relacionadas con la raza, la religión o la cultura. Se habla allí de arios, blancos y piadosos creyentes, conquistando a aborígenes negros, heréticos y que hablan una lengua ininteligible; en suma, que no son verdaderamente humanos. Se construye así, el viejo esquema del conquistador: un pueblo vencedor que trata de “no humano” al pueblo vencido, y por ende, inferior y pasible de ser sojuzgado.

Por el contrario, en el *Bhagavad Gita* también se encuentra una justificación de la violencia pero esta vez como un deber que viene más allá de la voluntad humana y que es impuesto como manifestación del orden del universo. Esta visión del mundo es constitutiva de la estructura social jerárquica de la India. La violencia se corporiza en el combate que debe ser “justo”, o sea, un acto de defensa de un valor o persona estimables. Se puede matar entonces conforme a ese *dharma* (orden cósmico, justicia, fundamento) y en ese caso, hay derecho para hacerlo porque es un acto justo y en defensa del bien común. O sea, entre el *Rig Veda* y el *Bhagavad Gita* existe un proceso que va desde la justificación racial y religiosa hasta la justificación moral o metafísica.

Por el contrario, una de las normas fundamentales del budismo antiguo y moderno gira en torno al precepto de abstenerse de matar y hacer daño. La falta más grave es el asesinato, o sea, la destrucción de la vida y también el elogio o la incitación al suicidio. El “buen guerrero” si muere combatiendo, se condena y no vuelve a nacer en el cielo. Y si alguien se ve obligado a participar de un ejército, es igualmente culpable.

Vemos entonces que, si bien es cierto que algunas culturas repudian la violencia, en el caso del budismo se evidencia una toma de conciencia acerca de la imperiosa necesidad de eliminarla de la conducta humana.

Dice un viejo aforismo que “la violencia engendra violencia” y siempre conduce a más violencia. Es el caso citado en su artículo por María Elena Ginóbili³, donde la autora narra un episodio ocurrido en Bahía Blanca, en mayo de 1859. En esa fecha, tres mil indios armados de lazos y boleadoras, y dirigidos por el cacique Calfucurá, atacan un fortín. El comandante y la población entera del fortín repelen el “malón” y matan a ciento cincuenta indios.

³ Ginóbili, M. E., “La violencia simbólica en las relaciones interétnicas. Fortaleza Protectora Argentina (1852-1859)”, en Berbeglia, C. E., op. cit.

El malón es un acto de guerra de extrema violencia, nos comenta Ginóbili. Pero la represión es otro acto de violencia que según los que narran los hechos, “era un legítimo deseo de venganza”. La autora cita una significativa frase de Max Weber: “la violencia es casi siempre ilegítima, porque el método habitual de eliminarla es aplicar una violencia mayor”. Efectivamente, el comandante del fuerte responde a la agresión, con un acto de violencia simbólicamente mayor, ya que además de matarlos, quema los cadáveres exhibiendo todo su horror a la población.

Además de estos y otros artículos dedicados al tema, como el de Ana M. Arán⁴ acerca de la violencia y la tortura desde el estado en los regímenes dictatoriales militares, hay otros que abordan el tema de la violencia en la vida cotidiana, la violencia del desempleo, de la pobreza o de la exclusión social, como el de Oscar Caporale, Silvia Carreras, Margarita Kaminecky y Lautaro Pedot⁵.

Pero como habíamos anunciado en un comienzo, otro tema está presente en muchos de los artículos relacionado con el anterior: el tema de las utopías.

En el caso de Lilia Armando y Natalio Schmucler⁶ encontramos una definición inicial de la palabra violencia: “una acción encaminada a forzar a alguien a actuar en contra de su voluntad”. Hay que distinguir sin embargo, entre una violencia manifiesta, obvia, cotidiana, que es la expresión de una no manifiesta, la que parte de la frustración y termina con la agresión. Los autores encuentran que la mayor fuente de frustración está en la falsa esperanza, o en la utopía, que es una forma de esperanza desesperanzada, inconducente y efímera. Ellos consideran que para quienes negocian con la desesperación, es viable “vender” utopías; ilusiones falsas y engañosas. Por eso dicen que el siglo XXI no representa el pasaje de la utopía a la violencia sino de la violencia de la utopía hacia la esperanza.

Precisamente “De las utopías a la violencia” es el título del artículo de Enrique Armoza.⁷ El autor plantea en este artículo que a lo largo de la historia se fueron manifestando según la coyuntura histórico-política, diversas formas de violencia: la ejercida por los señores feudales, la violencia post-revolución industrial con su secuela de explotación, la violencia implícita en los procesos

⁴ Arán, A. M. “Efectos psicosociales de la represión política”, en Berbeglia, C. E., op. cit.

⁵ Caporale, Carreras, Kaminecky, Pedot, “Dónde va la gente cuando llueve. Pobreza y exclusión en un mundo en exclusión”, en Berbeglia, C. E., op. cit.

⁶ Armando, L. y Schmucler, N., “Desde la violencia de la utopía a la posibilidad de la esperanza”, en Berbeglia, C. E., op.cit.

⁷ Armoza, E., “Siglo XXI: De las utopías a la violencia”, en Berbeglia, C. E., op. cit.

de anulación del otro cultural por un pueblo conquistador, la que se desata por ideas religiosas, etc. Armoza sostiene en este artículo que esas formas de violencia se acumulan y perfeccionan. Las guerras por la tierra, por las ideas religiosas, y últimamente la violencia hacia la mujer, hacia los niños, se ven acrecentadas hoy en día por otros tipos de violencia: la violencia informativa, por ejemplo, sutil, soterrada, que desvía o filtra la información que se recibe, desnaturalizando los hechos de violencia hasta volverlos cotidianos.

En medio de este panorama se observa el movimiento pendular propio del siglo XXI, que oscila entre un mundo globalizado y las particularidades de cada nación, o lo que es lo mismo, entre las utopías de un mundo internacional y el racismo surgido por una extrema exaltación de los propios valores. Pensamos que el autor desearía creer en las utopías, pero que las ve como lejanos sueños.

Para terminar esta breve reseña, quisiéramos destacar el trabajo de Gabriel Osvaldo Sada, incluido en esta compilación.⁸ Al comienzo Sada nos plantea una revisión de las definiciones más comunes de la palabra violencia y encuentra en ellas siempre una noción de equilibrio que se rompe, que se pierde. Pero advierte que así como la vida y la muerte se involucran mutuamente (y nosotros agregaríamos, el equilibrio y el desequilibrio) uno se preguntaría si la violencia es constitutiva de la misma realidad. Esta peligrosa conclusión que se basa en las teorías darwinianas de la supremacía del más apto aplicadas por igual a las sociedades animales y humanas, se fue construyendo junto con la ideología expansionista europea y de la mano de la noción de progreso. La violencia pertenece tanto al ámbito de la naturaleza como al de la cultura.

Las justificaciones a la violencia que citáramos más arriba en el caso de la sociedad india, también son aplicables en estos casos: la violencia siempre es algo que cometen otros o que sufrimos nosotros. Y si nosotros somos los que cometemos actos de violencia, es por fuerza de alguna circunstancia superior y obligada.

Con respecto a la utopía, el autor también comienza su análisis indagando sobre los distintos usos y sinónimos del término. Un “buen lugar” y al mismo tiempo un “no lugar”. Una fantasía irrealizable. Sin embargo, nos dice Sada, la utopía moviliza al hombre. Y lo ha hecho en todo tiempo y lugar.

Cuando se habla del fracaso de las utopías, se está señalando el fracaso de las comunidades utópicas, o sea, de las realizaciones de las utopías. La utopía como sueño de una vida mejor, no puede fracasar y siempre estará presente. Pero

⁸ Sada, G. O., “Algunas reflexiones sobre violencia y utopía”, en Berbeglia, C. E., op. cit.

como nace “como sueño frente a lo real” nos dice el autor, o sea, nace como una fantasía frente a una realidad que disgusta y apremia, al querer realizarse, volverse hecho, fracasa en su intento, pero escinde su núcleo nuevamente, en una parte que fracasó al querer volverse realidad y otra que renace como utopía.

Interesante análisis el de este autor, que nos plantea como, en los comienzos del siglo XXI, el futuro incierto potencia dos fuertes características humanas: el temor y el deseo. Por eso este siglo oscila entre “dos constantes de la existencia humana”: la violencia y la utopía.

María Cristina Di Sarli
Universidad de Buenos Aires

Olga L. Larre, *La filosofía natural de Ockham. Una fenomenología del individuo*, Navarra: Eunsa, 2000, 324 páginas.

Sin lugar a dudas, el cambio de paradigma epistemológico que comienza a gestarse en el siglo XIV expresa lo que, en términos de Khun, constituye una verdadera revolución científica.

La Universidad de Oxford se configura como un centro intelectual que mantiene vivas las tradiciones platónicas y agustinianas, y donde se cultiva también el aristotelismo, insistiendo especialmente en su aspecto empírico y científico. En lugar de subrayar la dirección lógica y metafísica y la subordinación a la teología, Oxford utiliza la matemática y la física de Aristóteles y las asimila a las tradiciones agustinianas y neoplatónicas, preparando el advenimiento de un nuevo rumbo científico. Los franciscanos de Oxford han iniciado, así, el camino hacia una nueva manera de pensar el mundo.

La Dra. Olga Larre analiza en este libro el cambio profundo que comienza a gestarse en el siglo XIV, partiendo del análisis de la cosmología del fraile franciscano Guillermo de Ockham. Realiza una recopilación minuciosa y orgánica de su obra física, configurada como un comentario a la teoría aristotélica de los predicamentos. La autora indica cómo se inicia con Ockham un nuevo pensamiento cosmológico que abandona los desarrollos propios de la ontología para detenerse, específicamente, en los aspectos físico-fenoménicos.

Revisa en los distintos capítulos el concepto de ciencia, los clásicos temas del movimiento, tiempo, cantidad, cualidad, lugar y naturaleza a través de las distintas obras de Ockham: la *Expositio Physicorum*, la *Summula Philosophiae Na-*

turalis, la *Brevis Summa*, recalando incluso en aquellos tratados teológicos que refieren elementos de la problemática cosmológica.

En Ockham se divorcian la fe y el saber racional sobre el mundo. La razón pasa a ser un asunto exclusivamente humano; y Dios, que es libertad absoluta, no puede estar sometido a ninguna ley. A partir de este momento la especulación metafísica se lanza en una vertiginosa carrera en la cual el *logos*, que comenzó por ser esencia de Dios, va a terminar siendo la esencia del hombre. La divinidad deja de ser el gran tema teórico al acabar la Edad Media; es por ello que la razón se vuelca hacia otros objetos que le son adecuados: el hombre mismo y el mundo cuya maravillosa estructura se comienza a descubrir; estructura no sólo racional sino que, además, es susceptible de un tratamiento cuantitativo. Por ello el humanismo y la ciencia natural van a ser las dos nuevas tareas que emprende el hombre renacentista.

El nuevo cosmos del siglo XIV es fruto de la libertad absoluta de Dios, no hay reglas fijas o predeterminadas. No son posibles, en adelante, ni una metafísica de las causas necesarias y ordenadas del universo aristotélico, ni la sustancialización de las entidades físicas; Ockham clausura la concepción teológico-filosófica tradicional del mundo.

Una filosofía centrada en el individuo comienza a configurarse. Y, paralelamente, una nueva física se abre camino; una física comprendida como descripción exhaustiva y minuciosa del singular, que se explicita a través de una lógica original, también vinculada y sometida al universo de los individuos.

Teresa Driollet de Vedoya

Carlos Enrique Berbeglia, *Pantomima y desierto*, Buenos Aires: Ed. La Luna Que, 64 páginas.

Nuevamente Carlos Enrique Berbeglia nos invita a adentrarnos en el eterno mundo de la poesía. Mágico universo en el que dicho poeta cumple, desde la escritura, dos funciones bien precisas: por un lado, el deleite producido por la belleza del tejido bordado a partir de un conjunto de palabras bien escogidas, y, por otro, no menos importante, la crítica implacable a las certezas humanas sostenidas por las tradiciones. Estas últimas, luego de la lectura de sus poemas, quedan trastabillando sobre el resbaladizo sitio en que su elocuencia e imaginación las ha colocado.

Su libro *Pantomima y desierto* nos permite transitar por ese “itinerario inseguro” al que alude en la primera parte del texto, y por un “itinerario incierto” cuando abre la segunda parte del mismo. Nos preguntamos: ¿Acaso ambos preludios no se inscriben en lo más patético de cualquier vida humana? Sin duda que sí, debido a que la búsqueda de la serenidad para poder vivir es insegura y el futuro se proyecta incierto. Ese tiempo, que está delante de cualquier sujeto, se brinda con el horror de la incertidumbre, pues allí se encuentra, pero el azar y la voluntad emergen entre aquella lejanía y el hombre que arde en preguntas antes de la decisión. El autor comprende lo terrible de ese espacio que media, ese vacío que despierta al juego y al desvelo, por tal motivo, él también se arroja a las llamas de los cuestionamientos. Así, en uno de sus poemas titulado *No más que el sólo preguntar* escribe: “¿Cómo recuperar la alegría que antaño se asomaba/ igual que los títeres burlones de seda en la ventana/ y se escurrían después, si algún recuerdo perturbador/ agrisaba los cánticos que el mundo, inexorable,/ mostraba en una flor cualquiera/ abierta al ímpetu del sol, o, después, a su inmediato/ y provisorio ocaso?”

Los significados de los términos *Pantomima* y *desierto*, que dan nombre al libro, lo atraviesan en toda su vastedad. El motivo se debe a que, dicho título, nos remite al corazón de la pantomima: el gesto, y a lo que éste provoca y despierta. La pantomima, carencia de palabras, alude a los primeros momentos del hombre, en que la escritura era todavía una ausencia. Entonces, ante una rápida mirada puede parecer paradójico que unas hojas repletas de palabras lleven como encabezamiento una alusión a lo gestual, a la expresión donde los vocablos están ausentes. Sin embargo, la percepción fue acertada, pues, aunque la palabra sea el elemento indispensable para lograr el objetivo propuesto, el gesto, arcaico y primitivo, se presenta como cercanía. Recordemos que desde esa gestualidad el hombre intentaba comprender al mundo que lo rodeaba, y lo que le rodeaba era el desierto que quería penetrar a partir de expresiones rítmicas y pictóricas. Aquello que surgía como enigma fue resuelto desde esas diferentes manifestaciones, aunque el desierto siguió delante. De esta manera, *Berbeglia*, heredero de aquellos hombres, como otros artistas, se zambulle a esa infinitud desértica enlazando el tiempo y la angustia: “Desde que la existencia de los antiguos dioses/ no supo disminuir la estupidez y la ignorancia humanas,/ y cuando fueran muertos y sustituidos por la única deidad/ que reina en su absoluto ser sobre la historia/ tampoco ésta aminoró la angustia que distribuye el tiempo/ entre los carenciados y los insensatos/ que día a día pedimos sentido a lo extendido/ por la amplitud del mundo”.

Sin duda, la intuición del profesor Berbeglia se encarnó en la palabra escrita, plasmando la imposibilidad de un punto final. La voz poética se transforma así en el gesto desde donde encontrar una huella que, sin llevarnos a parajes últimos, sin embargo nos conduce al recuerdo de la pantomima como el recurso para exigir “un fuego interior que nos consume y aligere/ y nos permita allanar los espacios sin melancolía/ del conocimiento, y una libertad desenfrenada que sólo admita un límite en sí misma/ que nunca la limite/ para fortalecer la vida ...”.

El, como artífice, se convierte en el nómada que busca a un tiempo la libertad y la vida, considerando los temas capitales de nuestra época y los temas que no poseen ningún tiempo. De este modo, emergen en sus páginas: el hombre, el poder, la melancolía, la ciencia, la técnica, etc., sin caer en la trampa del collage. Muy por el contrario, la contundencia de una escritura prolija y transparente guarda, desde la primera hoja hasta la última, una atmósfera que envuelve a todos los poemas en una comunidad similar a la de la música que cobija debajo de sí, a pesar de la policromía de las notas, la melodía que las aglutina y da sentido.

En fin, la poesía es el pretexto del que mejor se vale el autor, su herramienta para transformar lo que nos rodea y hacerse eco de los problemas “humanos, demasiados humanos”. De este modo, exclama bajo el título Una vez y siempre, la poesía, lo siguiente: “¿Con quién dialogo en el hablar con vos/ sino conmigo mismo que así me expreso en vos si digo que no hay/ como en las novelas policiales para los enigmas/ claves que resuelvan los pasos de la vida?/ Debemos transitarlos, eso es todo, en este vaivén de fracasos/ que nunca llegan a ser definitivos/ y de pequeños triunfos, que igualmente, apenas si alcanzan para sostenerlos”.

Jorge Mario Mallearel